

y á su falsa gloria. Así sucedió á Berengario que continuó trabajando en aumentar su secta con sus discursos, con sus escritos y con sus emisarios, y se dedicó con especial cuidado á adquirir protectores y partidarios entre los obispos, seduciendo en efecto á Bruno de Angers y á Frolando de Senlis. Temieron entonces los demas obispos del reino el peligro que amenazaba á la Religion, y dieron parte de sus recelos al rey, el cual convocó un concilio en Paris para mediados de octubre del año 1050, mandando á Berengario que concurriese á él.

Al plazo indicado llegaron al concilio un gran número de prelados, de sabios eclesiásticos y de señores piadosos, juntamente con el rey Enrique (1); pero lejos de comparecer el herege, se mantuvo oculto en Angers á la sombra del obispo que le favorecia. Sin embargo, se procedió contra él. Se leyeron sus escritos con atencion, y al principio se oyeron con mucho silencio; mas su doctrina impia escitó muy en breve la indignacion general. El autor fué condenado al momento y de comun acuerdo, como tambien el libro de Juan Escoto. Habiéndose mostrado el rey y los señores mucho mas irritados que el clero contra los enemigos del misterio adorable que forma el objeto mas sagrado del culto público, se decretó que si no confesaban y condenaban sus errores aquellos sectarios iria á castigarlos el ejército francés, llevando al frente á los eclesiásticos en hábitos sacerdotales. Quedaron consternados los novadores luego que llegó á su noticia esta resolucion, y los menos obstinados adjuraron sin dificultad la nueva heregia. Pero no tardaron los gefes de la secta en hallar el medio de conjurar esta tempestad á fuerza de artificios y con la proteccion que supieron conseguir; en especial el obispo de Senlis dominó de

(1) Durand. Troarn. ubi supr.

tal modo el ánimo del rey, y le hizo tantos elogios de las virtudes y de la piedad de Berengario, que engañándose el príncipe, como suele suceder á todos los grandes en esta clase de materias, no pudo persuadirse que fuese herege un eclesiástico tan piadoso, y aun temió ser el instrumento de la envidia, enemiga y perseguidora del mérito. En una palabra, sin mudar de sentir el rey Enrique, mudó de procedimientos, ó á lo menos mostró mucha condescendencia en este punto. Así se inutiliza frecuentemente por la intriga y la hipocresia el celo de los mejores príncipes; y el error que pudieran sofocar en su origen sin ningun trabajo, echa despues tales raices que es casi imposible estirparlo.

El deseo de remediar enteramente los males de la iglesia de Francia, movió al Papa Leon á volver á este reino poco despues del Concilio de Verceili; pero disimularon por entonces los novadores, y no vemos que tuviese ningun motivo para quejarse de que se mostrara negligencia en reprimirlos. Allí se empleó en otro objeto mucho mas acomodado á sus piadosas inclinaciones, nombrando á San Roberto abad de la *Chaise Dieu*, asilo sagrado de las mas puras virtudes, llamado con justa razon Casa de Dios, *Casa Dei*. El santo fundador era hijo del conde Geraldo, descendiente de la familia de San Geraldo de Aurillac (1). Pasó la juventud en una inocencia admirable adelantando de dia en dia en el camino de la virtud, y no obstante que era sacerdote y canónigo de San Julian de Brioude, tomó por último la resolucion de consagrarse á Dios en la soledad, llevándose consigo á Esteban y á Dalmacio, dos hombres de distincion, á quienes habia inspirado los sentimientos mas religiosos, y se retiraron los tres á una iglesia medio arruinada, que era

(1) Saec. VI. Bened. part. 2, pag. 188.

propia de dos hermanos canónigos de Puy, los cuales se la cedieron fácilmente con el desierto que habia en sus inmediaciones. Uno de estos dos hermanos, llamado Arberto, pasó despues á acompañarlos en aquel género de vida. Tuvieron mucho que padecer, no solo con motivo de la esterilidad del terreno, sino tambien por la groseria y dureza de las gentes del pais que les insultaban todos los dias. Pero triunfaron de todos los obstáculos con su trabajo y paciencia; y fueron tantas las personas que se presentaron, solicitando vivir bajo la direccion de Roberto, que formó este el designio de establecer un monasterio en regla; lo que ejecutó con la aprobacion del obispo de Clermont, y consentimiento del rey Enrique y del Papa Leon, los cuales espidieron al efecto sus respectivos decretos en este año de 1052. Sin contar el santo abad con mas auxilios que los de la Providencia, reparó cincuenta iglesias que se arruinaban, y vió hasta trescientos monges en su monasterio, que fué despues cabeza de una congregacion numerosa bajo la regla de San Benito. Gobernó su comunidad por espacio de quince años, obrando tantos milagros despues de su muerte (1067), que sus religiosos, tan lejos de esparcir prodigios falsos en honor suyo, le rogaron que no turbase su soledad y recogimiento con unas maravillas que conducian á su desierto un concurso incesante de todo género de personas.

Recibió tambien el santo Papa Leon IX mucho consuelo con los frutos saludables que producía entonces en la iglesia de Francia la santa institucion de los canónigos reglars que principiaba á estenderse por este reino. Habíase visto mucho tiempo antes á los clérigos de varias iglesias vivir en comunidad, guardando una regla determinada y con superiores que les mandasen; pero como en medio de este género

de vida conservaban la propiedad de sus bienes y la facultad de disponer de ellos segun les pareciese, no se les podia dar propiamente el nombre de religiosos. San Agustin instituyó en Africa esta clase de canónigos que no poseían cosa alguna en particular; pero es muy dudoso que los hubiese en las Galias antes del establecimiento de la congregacion de San Rufo de Avignon, cuyos fundadores fueron en el año de 1039 cuatro eclesiásticos piadosos llamados Arnaldo, Odilon, Poncio y Durando. Al otro extremo de Francia en un sitio llamado Falempin, estableció Sasuvalon en el mismo año otra comunidad de la misma clase, con la aprobacion y mediante las liberalidades de Hugó, obispo de Noyon y de Tournai; despues se formaron muchos establecimientos de esta clase.

Cuando el Sumo Pontífice confirmó á los franceses en todos sus designios piadosos, pasó de nuevo á Alemania, donde asistió con San Hugo de Cluny al bautizo de un hijo del emperador de quien era padrino el santo abad. Diéronle al abad Hugo una prueba todavia mas importante de confianza y estimacion, enviándole á Hungria para contener las turbulencias de aquel reino, y negociar entre el emperador y el rey la paz que en efecto quedó ratificada. Restituyóse inmediatamente Leon á Italia, donde celebró otro concilio y depuso á algunos obispos escandalosos. Este Pontífice infatigable volvió por tercera vez á Alemania en el mismo año de 1052. Algunos juzgarán sin duda agenos del Gefe de la Iglesia unos viajes tan largos y tan frecuentes; pero eran tan grandes los desórdenes en muchas partes, y de un ejemplo tan pernicioso la multitud, las circunstancias y la audacia de los culpables, que sola la presencia de Pedro, encargado de confirmar en la fé á sus hermanos, podia poner un dique al torrente de la corrupcion y dar á las iglesias de

Occidente el vigor necesario para resistir al mayor de los escándalos que iba á ofrecerlas el Oriente, llevando á cabo su separacion cismática.

Creyó entretanto Leon IX que estaba tambien obligado á pasar á aquellas provincias de Italia, que por último habian sujetado los normandos á una dominacion tan débil en sus principios. Desde la gloriosa defensa de Salerno por los cuarenta peregrinos de aquella nacion, que volvian de Tierra Santa, no habian despreciado sus hábiles compatriotas las repetidas escitaciones de los italianos, que los habian invitado á que corriesen á participar de la suavidad de su clima y de los bellos frutos de una tierra tan feliz. Pero el amor de la gloria fué un aliciente mucho mas fuerte para el valor de los normandos, quienes pasaron desde luego en gran número á Calabria, como hemos visto, á probar fortuna con el conde Rodolfo, y despues con el famoso Roberto Guiscardo. Ejecutaron prodigios de valor contra los sarracenos y los griegos, pues con un puñado de hombres libraron á la Italia en muy corto tiempo del yugo de estas dos naciones. Pero estuvieron muy lejos de imitar el desprendimiento y la moderacion de los libertadores de Salerno, y procuraron recompensarse de sus trabajos con invasiones y tiranias. A tal punto habian llegado sus violencias y latrocinios en tiempo del Papa Leon IX, que este Papa sintió que los infelices calabreses hubiesen sacudido el yugo de los griegos, y asi solicitó el auxilio de estos. Hé aquí en qué términos escribió sobre el particular á Constantino Monómaco, emperador de Constantinopla: «Viendo á la nacion de los normandos levantarse contra la Iglesia de Dios con una impiedad mas que pagana, y atormentar y degollar á los cristianos, y no perdonar ni la edad mas tierna, ni el sexo mas débil, ni hacer diferencia alguna entre lo sagrado y lo profano, y des-

pojar las iglesias y derribarlas y quemarlas, he creido que la solicitud que me obliga á velar por el bien de todas las iglesias, me imponia el deber de oponerme á estos males. He reprendido á sus autores; les he rogado, conjurado y amonestado; pero todo ha sido en vano. Por tanto, he creido que era preciso hacer temer la venganza de los hombres á los que no temen la de Dios. Y no es esto decir que yo quiera la muerte de ningun normando ni de persona alguna, no; lo que yo trato es de reprimir con el temor de las armas á los que no hacen caso del temor de los juicios de Dios (1). Asi, despues de haber empleado sin ningun fruto todos los otros medios, y aun haber echado mano de los rayos de la Iglesia, tomó Leon IX el partido de marchar contra los normandos con un ejército compuesto de alemanes é italianos.

No seria justo acusar por esta accion á Leon IX de haberse dejado llevar de los movimientos demasiado impetuosos de su celo. Los que citan la Crónica de Herman y hacen decir á este que el Papa no debia combatir con otras armas que con las espirituales, no la citan con exactitud; lo único que dice este autor contemporáneo es que convenia mejor que Leon se limitase á emplear los rayos de la Iglesia. Porque, en principio, todos los teólogos convienen en reconocer que el Papa puede servirse de las censuras para hacer se guarde justicia, aun respecto de bienes temporales; en lo único que difieren es en fijar los casos en que en esto hay realmente abuso: ahora bien, para juzgar de esto con acierto, es menester referirse á la época en que ocurrieron los hechos y no apreciar lo pasado por las ideas de los tiempos en que vivimos. Es verdad que Pedro Damiano, abad entonces de los solitarios de Fontavelle, y

(1) *Hist. de l'Eglise gallic. t. 9, p. 347.*

ordinariamente tan respetuoso para con los Sumos Pontífices desaprobó altamente esta expedicion; pero como la Iglesia universal piensa de distinto modo que él, no hay para qué tener en cuenta su desaprobacion. El piadoso ermitaño clamaba entonces contra los obispos alemanes y franceses que sin escrúpulo alguno tomaban el casco y se ponian la coraza, y en el ardor de su celo traspasó los justos límites (1). Por otra parte Leon IX no imitó á los prelados cuyas costumbres guerreras criticaba Pedro Damiano; Leon IX juntó á sus tropas las que le habia enviado el emperador de Alemania, y si bien creyó deber acompañarlas, tambien es cierto que no se halló en la batalla. Además, así como se alaba á Juan X por haber espulsado á los sarracenos de la posicion que ocupaban en el Garillano (966), así quizá no se ha vituperado á Leon IX sino porque el resultado no pareció justificar su empresa. El ejército pontificio quedó completamente derrotado; y el Papa, que se hallaba en una pequeña ciudad allí cerca, fué muy luego sitiado y obligado á rendirse. Sin embargo, los normandos le trataron con mucho respeto, y en cambio de su libertad le pidieron tan solo la absolucion de las censuras que habia fulminado contra ellos, las que creyó deber revocar. Tuviéronle sin embargo en Benevento desde el mes de junio de 1055 en que se dió la batalla, hasta el mes de marzo del año siguiente.

Recibió en este intervalo la triste noticia de que Miguel Cerulario, patriarca de Constantinopla, se habia declarado sin rebozo contra la Iglesia romana. El ataque estaba preparado muy de antemano. Habíanse tratado con calma los medios de asegurar el golpe, estaban firmes en su resolucion los principales actores, y su gefe se hallaba en estado de poder levan-

(1) *Labb. Conc. t. 9, p. 948.*

tar sin temor el estandarte de la rebelion. Es cierto que el imitador de Focio no tenia el ingenio, ni la erudicion, ni las demas prendas de su modelo; pero la herida hecha antes á la iglesia griega, y tan mal cerrada despues, no habia cesado de sangrar: habianse ido consumiendo de un modo imperceptible las fuerzas de esta iglesia, y en el deplorable estado á que se hallaba reducida en tiempo de Miguel, la habilidad subalterna de este último corruptor bastaba para lo que restaba que hacer. Cuidó además de atraer á su partido dos hombres muy idóneos, el uno por su audacia y el otro por su erudicion, para asegurar completamente el triunfo. El primero era Leon de Acrida, metropolitano de Bulgaria, y el otro Nicetas, monge del monasterio de Estudio. Miguel escribió en su nombre y en el de Leon á Juan, obispo de Trani en la Palla, una carta que queria hacer llegar mucho mas lejos (1). Repetia en ella los cargos que habia dirigido Focio á los latinos; é impulsado de aquella especie de vanidad con que procuran los sectarios descollar los unos entre los otros, suponía que el Occidente habia incurrido en un crimen enorme con el uso de los ácidos, de lo cual no habló nunca el primer autor del cisma. Humberto, á quien el Papa Leon habia llevado consigo desde Lorena y héchole ya cardenal del titulo de Santa Rufina, tuvo noticia al pasar por Trani de la carta del patriarca de Constantinopla; y como estaba muy versado en la lengua griega, la tradujo fielmente al latin y la presentó al Papa, quien previó desde entonces todas las consecuencias de un ataque tan brusco y tan destituido de fundamento.

El Sumo Pontífice escribió sin tardanza para contener á aquellos osados que pretendian ilustrar, ó por mejor decir denigrar á la Iglesia romana, establecida por Jesu-

(1) *Ap. Baron. ann. 1054.*